

## Tres millones de muertos en una guerra «de baja intensidad»

Juan Antonio Irazabal

*A pesar de los tres millones de muertos que se han cobrado las dos guerras del Congo, los gobiernos y los medios de comunicación las han tratado como «un conflicto de baja intensidad»: ninguna intervención del Consejo de Seguridad, pocas o ninguna declaración de los Gobiernos del hemisferio Norte y escasa repercusión en los medios de comunicación. Por una parte, el 11 de Setiembre y, luego, la Guerra de Irak, en la que estaban implicados enormes intereses geoestratégicos, dejaron al conflicto congoleño en la penumbra. «Baja intensidad» significa, pues, «baja publicidad»: tal es el criterio con que nuestra civilización de la imagen cataloga los conflictos.*

Un plan de desmantelamiento de la República Democrática del Congo fue diseñado por ciertos estrategas norteamericanos ya en 1996. Stephen Metz enviaba al Pentágono en junio de ese año un informe titulado *Reform, Conflict and Security in Zaire, U.S. Army War College*<sup>1</sup>. Con la misma soberana decisión con la que las potencias europeas, armadas de regla y cartabón, se repartieron el continente africano en la Conferencia de Berlín (1884-5), desde el otro lado del Atlántico se pensaba que las fronteras de África Central debían ser modificadas. Wal-

<sup>1</sup> Citado por Colette BRAECKMAN, *Les nouveaux prédateurs. Politique des puissances en Afrique centrale*, Fayard, 2003, p. 56.

ter Kansteiner, que bajo la presidencia de G.W. Bush llegaría a ocupar el puesto de secretario de Estado para Asuntos Africanos, se mostró partidario de crear en esa región «países homogéneos en el plano étnico, lo cual exigiría importantes esfuerzos de reinstalación de las poblaciones», e ideó la creación de dos Estados étnicamente puros, uno hutu y el otro tutsi, de una extensión considerablemente mayor, que se tomaría del vecino Congo<sup>2</sup>.

Y, tras los estrategas, llegaron los periodistas: los diarios norteamericanos publicaron ese mismo año y el siguiente no pocos artículos y editoriales en los que repetían a coro la misma tesis: el Congo era el resultado de una unión imposible, una unión no natural (como si hubiese un solo Estado en el mundo engendrado por la madre naturaleza) y las fronteras coloniales no merecían el mismo respeto que las otras (peligroso principio que podría ser aplicado a los mismos EE UU). Efectivamente, las fronteras coloniales habían cometido la arbitrariedad de separar a muchos pueblos o etnias en dos y hasta en tres Estados distintos.

Pero el verdadero problema —éste,

---

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 57.

no planteado— era el de saber si la solución propugnada por los estrategas de los años 1990 no constituía un remedio peor que la enfermedad que intentaban curar. Como en el siglo XIX, estrategas e intelectuales del Norte no se molestaron en informarse sobre la opinión de las poblaciones interesadas. Los países africanos —independientes, la mayoría, desde la década de los 60— ya se habían pronunciado solemnemente sobre el tema de las fronteras que habían heredado de la colonia, y las habían declarado intangibles. Esa intangibilidad fue uno de los pilares de la Organización de la Unidad Africana (OUA), actualmente reemplazada por la Unión Africana (UA), como condición necesaria —aunque ciertamente no suficiente— para el mantenimiento de la paz en el continente. Las poblaciones africanas, continuamente tildadas de «tribalistas» por la prensa europea, han sabido asumir ese mal necesario que constituyen las fronteras impuestas a sus Estados y se han ido identificando con ellas, como lo prueban, en particular, los últimos acontecimientos que han tenido lugar en la República Democrática del Congo, donde la inmensa mayoría de la población se ha opuesto con todas sus fuerzas a los proyectos secesionistas impulsados desde el exterior.

### Una guerra muy poco civil

Finalmente, los proyectos de remodelación del mapa de África, diseñados por los estrategas y avalados por los medios de comunicación, se pusieron en práctica. La justificación invocada fue la necesidad de proteger la frontera de Ruanda con el Congo, creando una zona-tapón. Tras el genocidio que costó la vida a medio millón de tutsis y hutus moderados en Ruanda, el ejército que había apoyado a los genocidas y un millón de refugiados hutus ruandeses se hallaban instalados en territorio del Congo muy cerca de la frontera ruandesa. Mobutu, el presidente del Congo (entonces llamado Zaire), jugó con el fuego al utilizar como baza política para su régimen moribundo esos campos de refugiados hutus: no contento con hacer de los campos un negocio lucrativo, permitió que los responsables del genocidio ruandés los convirtieran en bases de operaciones contra el nuevo régimen de Kigali. La situación era explosiva. Hasta que en 1996 estalló una guerra, en la que el ejército rwandés, tras vaciar los campos, persiguió al ejército hutu y a los refugiados ruandeses hasta una distancia superior a los mil kilómetros en el interior del Congo. Aquella operación de limpieza fue parte de una guerra contra el

régimen de Mobutu, a cuya cabeza se puso a un hombre de paja, antiguo guerrillero retirado por nombre Joseph Kabila. A mediados de 1997, la coalición de ruandeses y rebeldes congoleños se hacía con el poder en Kinshasa.

---

*estrategas norteamericanos  
decidieron que había que  
modificar las fronteras en  
África Central*

---

A aquel primer conflicto sucedió poco después otro más amplio, cuando, en 1998, Kabila, nuevo presidente del Congo, decidió prescindir de sus incómodos aliados ruandeses. Sólo tres días más tarde, Ruanda (un país pobre con no más de 26.338 km) organizaba una expedición aerotransportada a casi 2.000 kilómetros de distancia y amenazaba directamente a la capital del Congo. Sin embargo la rápida intervención de la vecina Angola, solicitada por Kabila, impidió que Kinshasa cayera en manos extranjeras. De esta manera, daba comienzo una segunda guerra, a la que Madeleine Albright llamaría más tarde «Guerra Mundial Africana», en la que intervinieron como actores principales Ruanda, Uganda, Angola y Zimbabwe, y, en menor medida,

también Namibia, Burundi, Chad y Sudán, apoyando, unos, al gobierno de Kinshasa y otros a las diversas guerrillas locales. Por ello –y tal vez también por confusión con la anterior contienda– muchos siguieron hablando de guerra civil. El balance de víctimas, directas e indirectas, sumando las de los dos conflictos,

---

*la segunda guerra, la  
«Guerra Mundial  
Africana», fue provocada por  
el intento de Ruanda de  
apoderarse de la capital del  
Congo*

---

supera con toda probabilidad los tres millones de muertos: la inmensa mayoría de ellos civiles: hutus ruandeses y, sobre todo, ciudadanos congoleños<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Los cálculos tienen en cuenta, primero, la duración de los periodos conflictivos, su gran extensión geográfica, la violencia con que ciertos ejércitos se han ensañado con la población civil y las graves consecuencias alimenticias y sanitarias que han generado. A nuestro conocimiento, un solo autor se ha preocupado por ofrecer una lista detallada de las víctimas civiles de la violencia directa; es Jean MIGABO KALERE en su obra *Génocide au Congo? Analyse des massacres de populations civiles*, Broederlijk Denle, Bruselas, 2002, 215 p. Esta obra ofrece datos (fecha, lugar, número de víctimas, presuntos autores,

## Hambre, miseria y muerte

La segunda guerra se ha prolongado hasta este mismo año 2003. En abril de este año se firmaron, tras otros acuerdos fallidos, los acuerdos de Sun City (Sudáfrica) que han puesto fin al conflicto, al menos sobre el papel.

Durante estos cinco años, la segunda guerra ha agravado el desgobierno y el caos, y se ha cobrado más y más vidas de ciudadanos congoleños: víctimas directas de los enfrentamientos bélicos y, sobre todo, indirectas a causa de la miseria, el hambre y las enfermedades que la guerra ha traído consigo.

La periodista belga Colette Braeckman recoge, entre otros, este testimonio de una misión de «Médicos sin fronteras» instalada a pocos kilómetros de uno de los frentes de guerra por los que se ha ido desangrando el Congo: «La cuarta parte de los niños de menos de cinco años han fallecido durante el pasado año. En ese mismo espacio de tiempo, la dé-

---

— fuentes de información) de 210 matanzas colectivas. Pero no se aventura a dar una cifra global. Aunque recuerda que el organismo norteamericano *International Rescue Committee* (IRC) adelanta la cifra de dos millones de muertos solamente en el Este del Congo (p. 150).

cima parte de la población adulta ha muerto. Cuando se dan semejantes cifras de mortalidad en un campo de refugiados, desencadenan la alerta máxima, ya que constituyen un signo inequívoco de un fenómeno patológico grave y muy extendido: una epidemia de meningitis, malaria, diarrea o malnutrición aguda. Aquí, son simplemente el reflejo de la situación cotidiana de todo un país»<sup>4</sup>.

En otra región, el párroco de una localidad del Noroeste, para dar a la periodista una prueba de la mortalidad galopante, la lleva a visitar la escuela: unos niños harapientos están sentados en el suelo, el tejado metálico ha desaparecido, no hay pupitres ni puertas ni encerado; explicación: «*se han llevado toda la madera para fabricar ataúdes*»<sup>5</sup>.

Otro signo del desamparo total, probablemente más doloroso aún para este pueblo tan cuidadoso de la dignidad, es la falta de vestido: muchas mujeres no se atreven a presentar a sus niños a los equipos de voluntarios que de vez en cuando llevan a cabo las campañas de vacunación, porque ellas mismas están casi desnudas; los misioneros atribuyen a esta mis-

ma causa el brutal descenso de la asistencia a la Misa dominical; a veces, en los funerales que se celebran en medio de la aldea, la asistencia se divide en dos grupos: junto al féretro están personas vestidas normalmente, mientras que los otros prefieren seguir la ceremonia desde la maleza que crece detrás de las chozas; otras veces los feligreses pedían al cura que celebrara los oficios durante la noche, para que la oscuridad disimulara su miseria y su vergüenza<sup>6</sup>.

---

*durante más de cuatro años,  
20 millones de personas han  
vivido en condiciones  
sanitarias extremas*

---

Además, la guerra aisló a la mayoría de las poblaciones del interior castigadas por la guerra, hasta el punto de que, sin moneda, habían vuelto a adoptar la sal como unidad de cambio, la sal, que intrépidos ciclistas iban a buscar, sorteando las milicias y los peligros de la selva, incluso a cientos de kilómetros de distancia.

---

<sup>4</sup> C. BRAECKMANN, p. 168.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 170.

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 169-170.

### Tres avisos y silencio

¿Qué hacía mientras tanto la comunidad internacional? En 1998 Kofi Annan remitió al Consejo de Seguridad el Informe S/1998/581 de su Equipo de Investigación, en el que describía las matanzas e imputaba a las tropas de Kabila y a las tutsis ruandesas crímenes de lesa humanidad, y proponía que se pusiera fin a la impunidad am-

---

*el Consejo de Seguridad  
ordenó investigar el saqueo  
de los recursos del Congo  
llevado a cabo al amparo de  
la guerra*

---

pliando el mandato judicial del tribunal de Arusha (Tanzania), cuya competencia estaba limitada al genocidio ruandés de 1994. El Consejo de Seguridad no lo creyó necesario u oportuno y no reaccionó hasta 2001, cuando ya se habían cumplido ampliamente los negros presagios del secretario general de la ONU. Lo hizo a iniciativa de Francia, buena conocedora del terreno, pero que había tardado en alzar la voz tal vez porque su dudosa actitud durante el genocidio ruandés le había hecho perder casi toda autoridad en este conflicto.

Otra comisión enviada por el Consejo de Seguridad recibió el encargo de investigar sobre el saqueo de los recursos naturales del Congo que llevaban a cabo las fuerzas extranjeras al amparo de la guerra. De esta manera, la ONU apuntaba como motor de la guerra los intereses económicos, una hipótesis que no ha cesado de confirmarse hasta la fecha. El informe S/2001/357, dado a conocer por dicha comisión, denunciaba a los gobiernos de Uganda y Ruanda como principales responsables del «saqueo masivo» de los recursos del Congo, al mismo tiempo que se extrañaba del trato de favor que ambos países habían recibido del Banco Mundial, el cual llegó a presentar a Uganda como modelo de país pobre que consigue reducir su deuda externa gracias a sus exportaciones, concretamente de oro, coltan, diamantes y niobio, olvidando o desconociendo que nada de todo ello se extraía en territorio ugandés. O sea, el Banco felicitaba a los saqueadores. Pero aquel informe no bastó para que el Consejo de Seguridad tomara medidas eficaces en orden a acabar con el expolio, lo cual habría cortado el conflicto de raíz.

En octubre de 2002, nuevo informe dirigido al Consejo de Seguridad, con datos sobre el botín

arrebatado por los beligerantes; por ejemplo, para citar esta vez a un país aliado de Kinshasa, Zimbabwe sacó, en beneficio de sus elites corruptas, cinco mil millones de dólares en tres años. Además se presentaba una larga lista de empresas que estaban comprando minerales del Congo sin respetar las normas de la OCDE: 21 empresas belgas, 12 británicas, 9 de los EE UU, 5 alemanas, 5 canadienses, 2 suizas, 1 francesa, 1 holandesa y 1 finlandesa. Este informe avisó también al Consejo de Seguridad de que Uganda estaba armando a etnias rivales en el extremo nordeste del Congo, empleando la táctica del bombero-pirómano, con el fin de volver su presencia indispensable y continuar impunemente el saqueo. La guerra que ya preveía este informe de la ONU en el rico Ituri, controlado por Uganda, entre hemas y lendus, finalmente saltó a las páginas de nuestros periódicos en junio pasado y fue la que decidió a intervenir a la UE con la autorización de la ONU y bajo el mando de Francia. Hasta esa fecha, los avisos de la ONU sólo habían encontrado el silencio como respuesta.

La impresión general de un experto internacional en temas de guerra y paz, anterior a los dos últimos informes del Consejo de

Seguridad, destaca «la relativa ausencia y la impotencia de la sedicente comunidad internacional: mientras África Central imploriona y crece una inmensa línea de frente en la que se entremezcla una serie de conflictos en los que están implicados, directa o indirectamente, una docena de países, el silencio de la comunidad internacional es ensordecedor. Es llamativa su falta de reacción ante un conflicto que no solamente tiene amplísimas consecuencias humanitarias, sino también un enorme impacto en todo el continente»<sup>7</sup>.

El Consejo de Seguridad, en su resolución 1234, se limitaría más tarde a «lamentar que los combates continúen y que las fuerzas de Estados extranjeros permanezcan en la República Democrática del Congo en unas condiciones incompatibles con los principios de la Carta de las Naciones Unidas y pide a dichos Estados que pongan fin a la presencia de esas fuerzas no invitadas y que inmediatamente tomen medidas a este efecto». Huelga decir que tal declaración no tuvo el menor efecto.

---

<sup>7</sup> Filip REYNTJENS, *La guerre des Grands Lacs. Alliances mouvantes et conflits extra-territoriaux en Afrique Centrale*, L'Harmattan, París, 1999, p. 239, citado por Jean MIGABO KALERE, *op. cit.*, p. 193 (la traducción es mía).

Por su parte, el responsable de la MONUC que informó a sus superiores de la ONU sobre la última guerra entre Uganda y Ruanda en plena ciudad de Kisangani calificó los hechos de «genocidio»<sup>8</sup>.

### Ituri y Kivu, el último *Far West*

La segunda guerra del Congo llegó teóricamente a su fin, como hemos dicho, con los acuerdos de Sun City (Sudáfrica) firmados en abril de este año por todas las partes interesadas: guerrillas congoleñas, sociedad civil, gobierno nacional y ejércitos extranjeros; aunque, por otra parte, cada vez quedaba más patente que, para muchos de estos contendientes, no había cosa más fácil que firmar un acuerdo de paz. A pesar de dicho acuerdo, la guerra continúa en el Nordeste del Congo, la parte más rica del país y que limita con Ruanda y Uganda. A la vez que Uganda practicaba su sangriento juego de bombero-pirómano en Ituri, más al Sur, en la provincia de Kivu, el ejército ruandés salía y entraba en el Congo como en su propia casa. Ambos países habían sido presentados por los EE UU como modelos de democracia y

de desarrollo en la última década del siglo pasado. Ambos a dos invadieron el Norte del Congo en esos mismos años hasta controlar más de una cuarta parte de este país, cinco veces mayor que España. Hasta que, de aliados, se convirtieron en enemigos y, por dos veces, eligieron la estratégica ciudad de Kisangani (300.000 habitantes) como campo de batalla para dirimir, a cañonazo limpio, sus disputas sobre las rapiñas; y, una vez más, fue la población civil la que puso casi todos los muertos.

Por lo que se refiere a Ruanda, los expertos de la ONU ya habían señalado que «sus actividades [de explotación de los recursos del Congo] tienen un carácter más sistemático» [que el de los otros países beligerantes], dado que la mayoría de las sociedades explotadoras estaban estrechamente relacionadas con las autoridades ruandesas y aun con el mismo presidente Kagame<sup>9</sup>. El llamado «Bureau Congo» de Ruanda financiaba el 80% de los gastos del ejército ruandés, aunque dicha oficina no figura en los presupuestos del Estado<sup>10</sup>. Las autori-

---

<sup>8</sup> IRIN-CEA, «Un désastre humanitaire à Kisangani», Nairobi, 12 de junio 2000, citado por Jean Migabo, *op. cit.*, p. 197.

<sup>9</sup> IPIS, *Network War. An Introduction to Congo's privatised Economy*, Amberes, 2002, citado por C. Braeckman, p. 197.

<sup>10</sup> A pesar de ello, Ruanda dedica el 29 por ciento de su presupuesto al ejército.

dades ruandesas lo niegan; sin embargo el IPIS (Servicio de Información para la Paz Internacional) de Amberes<sup>11</sup>, da cifras detalladas del beneficio económico que les proporcionan sus actividades bélicas en el país vecino y concluye que los ingresos, sobre todo por la venta del coltan, son de lejos superiores a los gastos de la guerra. El mismo Kagame admitió que la guerra en el Congo se autofinanciaba<sup>12</sup>. Y el Primer Mundo retiraba discretamente el botín arrebatado por estos dos países.

El Ituri, en el corazón mismo del Africa Central, en el extremo nororiental del Congo, una zona de difícil acceso, es como un nuevo Eldorado. Durante los escasos 80 años de colonización belga, la colonia entera fue coto cerrado de Bélgica. La dictadura de Mobutu, con su política demagógica de «la autenticidad» zaireña, hizo imposible la cooperación con los inversores extranjeros. De manera que, a comienzos del siglo XXI, no pocos yacimientos permanecían todavía vírgenes o mal explotados: diamantes, cobre, estaño, carbón, hierro, manganeso, niobio, cobalto, uranio, germanio y el últimamente tan nombrado coltan (abreviación de colombo-tantalio)

excitan el apetito de los vecinos africanos y de las grandes empresas modernas. Por si toda esa riqueza fuera poca, recientemente, en el lago Alberto, a pocos kilómetros de Bunia, la capital del Ituri, se ha descubierto un inmenso yacimiento de petróleo comparable a las reservas de Angola.

El coltan, convertido en símbolo de esta guerra, es un mineral utilizado en la fabricación de la nueva generación de teléfonos

---

*el coltan (columbo-tantalio)  
ha sido uno de los minerales  
más codiciados en esta  
guerra*

---

portátiles, de consolas de juegos electrónicos y de bombas inteligentes, como las que recientemente se han arrojado sobre Bagdad. Se trata de una especie de polvo grisáceo que se extrae casi a cielo abierto en la provincia congoleña del Kivu y en el distrito de Ituri. Por culpa de este mineral los ejércitos han allanado parajes naturales de tanto valor ecológico como el extenso parque natural de los volcanes Virunga, clasificado como «patrimonio de la humanidad», donde rinocerontes y gorilas de montaña han sido diezmados con kalachnikovs. Igual-

---

<sup>11</sup> C.Braeckman, *op.cit.*, p. 198-199.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 197.

mente por culpa del coltan, muchos campesinos del Kivu han sido transformados en esclavos, las escuelas se han vaciado y los prisioneros hutus de Ruanda han sido transportados al Congo para trabajar en las minas<sup>13</sup>.

El primer informe de la ONU, al que hemos hecho anteriormente mención, sostiene que «la Sociedad minera del Kivu (Sominki

---

*empresas occidentales  
compraron minerales del  
Congo al margen de las  
normas establecidas por la  
OCDE*

---

había constituido en diferentes lugares depósitos de colombo-tantalito destinados a ser vendidos en siete años. A partir de finales de noviembre de 1998, las fuerzas ruandesas y sus aliados del RCD [una guerrilla congoleña] organizaron la captura de estos depósitos para transportarlos a Kigali. De 2.000 a 3.000 toneladas de casiterita y de 1.000 a 1.500 toneladas de coltan fueron de esta manera sacadas de la región entre noviembre de 1998 y abril de 1999»<sup>14</sup>.

Tras liquidar los *stocks*, Ruanda continuó la explotación por medio de la Rwanda Metals y de la Eagle Wings Resources, dos sociedades vinculadas al ejército rwandés. En enero de 2000, el precio del «polvo gris» oscilaba entre 60 y 80 dólares el kilo; en diciembre del mismo año alcanzó los 380 dólares la libra, hasta que estalló la burbuja, el 5 de diciembre de 2000, cuando los EE UU, que ya habían constituido las reservas necesarias para responder al *boom* de las nuevas tecnologías, decidieron repentinamente sacar al mercado sus reservas estratégicas, y el coltan cayó hasta 3 dólares el kilo.

En el Ituri, todavía controlado por los ugandeses cuando se escribe este breve resumen histórico, las minas de Kilo-Moto, de una riqueza en oro sin igual, recuerdan a las míticas «del rey Salomón». Sus reservas de oro se calculan entre 3.000 y 6.000 toneladas y su explotación genera una renta de 100 millones de dólares anuales<sup>15</sup>. Generalmente, se considera rentable una mina que proporciona 12 gramos de oro por tonelada de mineral bruto, mientras que en Kilo-Moto se alcanzan los 18 kilogramos por tonelada<sup>16</sup>. Se com-

---

<sup>13</sup> *Les nouveaux prédateurs*, p. 175.

<sup>14</sup> Carlos CASTRESANA FERNÁNDEZ, «Morir en el Congo», *EL PAÍS*, 18 de junio 2003, p. 14.

prende, pues, que buena parte de la prensa del Norte, en lugar de proporcionar a la opinión estos datos objetivos, se haya contentado con repetir machaconamente, como única causa de los enfrentamientos en el Ituri, la rivalidad ancestral de las tribus hema y lendu, que, por cierto, habían convivido, a pesar de sus diferencias culturales, sin dar que hablar, durante muchas décadas.

Los «pacificadores» ugandeses no se contentaron con distribuir armas a los diferentes grupos y con crear una nueva entidad administrativa. También se tomaron la libertad de desplazar la línea fronteriza y de colonizar el parque de los volcanes Virunga, donde, después de poner en peligro la supervivencia de varias especies, los campesinos venidos de Uganda hacen pastar a sus rebaños.

Como dice la periodista belga Colette Braeckmann, gran especialista de la historia reciente del África Central, «la historia retendrá que los congoleños (hema, lendu, y otras etnias) fueron empujados a matarse entre sí, a odiarse y excluirse mutuamente, en unos territorios ricos en recursos ampliamente suficientes, y todo ello para que la «paz ugandesa» pueda un día extenderse sobre unas tierras vaciadas de sus

habitantes y a disposición de las sociedades petrolíferas o de multinacionales como Ashanti Goldfields o Barrick Gold o también a disposición de nuevas poblaciones venidas de Uganda, Ruanda y hasta de más lejos»<sup>17</sup>. Si la comunidad internacional no pone fin a esta estrategia, los hemas y lendus del Congo pasarán a engrosar la lista de los iroqueses y cheyenes y otras etnias de América que fueron borrados del mapa porque sus tierras eran ricas en oro.

### **La diócesis de Bukavu pierde tres arzobispos en cinco años**

¿Qué hacía mientras tanto la sociedad civil congoleña y, dentro de ella, la Iglesia católica? Si algo

---

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 177. No puedo menos de manifestar mi sentimiento de gratitud hacia la autora de este libro, destacada periodista, conocida por su coraje y su palabra libre, que lleva diez años recorriendo la región de los Grandes Lagos y recogiendo el testimonio de los protagonistas de la tragedia; los mismos jefes de Estado (los Kabila, Kagame, Museveni y Mugabe) la han recibido sin duda juzgando que era de su interés hacerle oír su versión de los hechos. En este libro, ofrece a la opinión europea la posibilidad de colmar una grave laguna informativa al mismo tiempo que un conmovedor testimonio de solidaridad con las víctimas del Congo. Y ha recibido críticas muy laudatorias de varios especialistas de la Historia reciente de África. Esperamos verlo pronto traducido al castellano.

ha quedado claro, en medio de la enorme confusión creada primero por la guerra contra Mobutu y, más tarde, por la «Guerra Mundial Africana», en la que estuvo en juego la desmembración del Congo en varias unidades, es el rechazo total de la población a semejante proyecto en todas las regiones de este vasto país. Dentro de la sociedad civil, la Iglesia católica, probablemente la organización más sólida y de mayor prestigio de toda la República, ha dirigido continuas llamadas al diálogo, al respeto de la voluntad popular y, sobre todo, ha exigido el fin de unas hostilidades que causaban tantas víctimas inocentes y ponían en grave peligro el porvenir del país.

Las dos provincias del Kivu (Norte y Sur), que siempre se habían distinguido por la libertad con la que se atrevían a manifestar sus propios puntos de vista aun en tiempos de la dictadura, también han expresado durante estos años de guerra su voluntad decidida de mantener la unidad del Congo, a pesar de encontrarse a casi 2.000 kms de Kinshasa, contra las pretensiones anexionistas de sus vecinos del Este. La exigencia del respeto a la voluntad popular y a la integridad de las personas ha sido recordada con fuerza en esta región por dos

grandes prelados de la diócesis de Bukavu (capital del Kivu Sur), Mons. Munzihirwa y Mons. Kataliko.

El primero, que había sido párroco de la catedral de Bukavu antes de ingresar en la Compañía de Jesús, era sociólogo y se había distinguido por su libertad de espíritu y de palabra ya a comienzos de los años 70 como capellán universitario en Kinshasa durante los años más duros de la dictadura de Mobutu. Nombrado arzobispo de Bukavu, tuvo que acoger la trágica avalancha de refugiados ruandeses tras el genocidio y, dos años más tarde, tuvo que hacer frente a la invasión de su diócesis por las tropas ruandesas. En todo momento, Mons. Munzihirwa recordó con audacia el deber de respeto a la persona humana por encima de ideologías, etnias y patrias y el rechazo de cualquier recurso a las armas. Este discurso no fue del agrado de las fuerzas invasoras. Hasta que un día fue interceptado por un vehículo militar e inmediatamente tiroteado en plena calle. Hasta la fecha ninguna autoridad ha dado la menor explicación de este asesinato.

De su sucesor, Mons. Kataliko, son las siguientes palabras entresacadas de su mensaje navideño

de 1999: «Potencias extranjeras, con la colaboración de hermanos nuestros del Congo, organizan guerras con los recursos de nuestro país (...) Nuestro país y nosotros mismos nos hemos convertido en objeto de explotación (...) Esta explotación está sostenida por un régimen de terror que mantiene la inseguridad»<sup>18</sup>. Sólo unos días más tarde, el arzobispo de Bukavu era enviado al destierro por las autoridades congoleñas aliadas con el invasor. Las protestas y huelgas de la Iglesia local consiguieron que finalmente se le permitiera abandonar su destierro. Liberado, el arzobispo viajó a Roma, donde poco después una crisis cardíaca acabó con su vida.

Charles Mboga, sucesor de Kataoliko, no llegó a gobernar su archidiócesis: el día de su entrada en la diócesis, un ataque cerebral lo dejó gravemente incapacitado.

Lo sucedido con estos tres arzobispos no es más que un botón de muestra de las trágicas consecuencias que está teniendo el conflicto bélico sobre la población que vive en el territorio controlado por los invasores y sus alia-

---

<sup>18</sup> «Consolez, consolez mon peuple. L'espérance ne trompe jamais», *Renâître*, n.º 4, 29-02-2000, p. 18.

dos nacionales: son las consecuencias de la opresión, la explotación, la inseguridad, el terror, las amenazas, la falta de cuidados sanitarios, el hambre, la miseria y la guerra. ¿Qué más hace falta para vaciar un territorio de sus habitantes?

### El futuro de la región centroafricana

Esta región centroafricana (también llamada «de los Grandes

---

*«potencias extranjeras, con  
la colaboración de hermanos  
nuestros del Congo,  
organizan guerras con los  
recursos de nuestro país»*

---

Lagos», a cuyas orillas se encuentran el Congo, Ruanda, Burundi y Uganda) tiene graves problemas que resolver, siendo el más grave de todos la gran densidad de población (en torno a los 300 habitantes por km<sup>2</sup>) de Ruanda y Burundi junto con el enorme desequilibrio entre las dos etnias principales de estos dos países (hutus 79% y tutsis 15%), que se añaden a su casi nula industrialización y al lacerante recuerdo del genocidio de 1994 y de otras matanzas en ambos sentidos. Más

que en ninguna otra región de África, ésta de los Grandes Lagos, con la que limitan también Sudán y Tanzania, necesita urgentemente un clima de cooperación entre los diversos Gobiernos. En lugar de contribuir a generar dicho clima, los estrategas y estadistas norteamericanos de los últimos lustros han alentado unas aventuras bélicas, una de cuyas principales consecuencias políticas será la de impedir –tal vez durante varias décadas– toda posibilidad de cooperación entre estos Estados. A pesar de ello, todavía siguen convencidos de que la guerra y los sofisticados ingenios bélicos de que disponen pueden resolver los más graves problemas de nuestro mundo global.

A pesar de los tres millones de muertos que se han cobrado las dos guerras del Congo, los Gobiernos y los medios de comunicación las han tratado como «un conflicto de baja intensidad»: ninguna intervención del Consejo de Seguridad, pocas o ninguna declaración de los Gobiernos del hemisferio Norte e, inevitablemente, escasa repercusión en los medios

de comunicación. Por una parte, el 11 de Setiembre (con sus 3.000 víctimas, cada una de las cuales representó una pérdida irreparable y de un valor único) y, luego, la Guerra de Irak, en la que estaban implicados enormes intereses geoestratégicos, dejaron al conflicto congoleño en la penumbra.

Este conflicto se ha desarrollado lejos de las cámaras de televisión. Ahora bien, como dice C. Braeckman, «lejos de las cámaras, no hay drama, no hay salvación». Sólo puede haber «un conflicto de baja intensidad» que no merece llegar a nuestros telediarios (si no es para ofrecer espectáculos «de violencia primitiva»). Durante la persecución de los refugiados hutus por las selvas del Congo, ninguna televisión fue autorizada a filmar en primera línea. Y lo que no aparece en la pequeña pantalla, sencillamente no existe. «Baja intensidad» significa, pues, «baja publicidad»: tal es el criterio con que nuestra civilización de la imagen cataloga los conflictos. Bien lo sabían quienes parece han seguido la consigna: «Silencio, se roba». Y se mata. ■